

ma para tapar la boca á los libres pensadores cuando acusan á la Iglesia de condenar á los infieles. Dios tiene gracias ocultas que dispensa á quien quiere; pero poned en aprieto á la Iglesia y preguntadla si se salvarán los más virtuosos antiguos, y os responderá, por boca de San Agustín y de Bossuet, que Sócrates y Marco Aurelio están condenados.

Cuando los libres pensadores censuran á la Iglesia por condenar á los infieles, la acusan de que enseñe que los infieles como tales no pueden salvarse; pues bien, tal es ciertamente la doctrina de San Agustín y de Bossuet. Los libres pensadores, entre los cuales se encuentran hoy cristianos y sectas enteras, profesan el principio de que la salvación consiste en conocer la verdad y en practicarla; en este sentido pueden salvarse los no creyentes tan bien como los ortodoxos; los defensores del cristianismo no admitirán nunca esta salvación: necesitan á todo trance la condenación de los infieles, de los herejes y de los cismáticos. En tiempo de Bossuet, invadían la sociedad cristiana los sentimientos de los libres pensadores, y él combate con extrema vivacidad lo que llama la indiferencia de las religiones, es decir, la opinión de que todos los hombres, sea cualquiera su religión, son capaces de salvarse. "Es la locura del siglo en que vivimos, exclama; reina en Inglaterra y en Holanda, y para desgracia de las almas, no se introduce más que entre los católicos." Bossuet no quiere que las naciones de la antigüedad, á excepción de los Judíos, participen de la salvación, y un escritor católico pretendía que los Persas tuvieran parte en ella por haber conocido al verdadero Dios. "Doctrina de una temeridad prodigiosa, dice Bossuet; si se excusa á los Persas, se abrirá la puerta á los que quisieran excusar al resto de los paganos; es preciso resistir á esas novedades, no solamente con discursos, sino también por medio de censuras expresas, si no se quiere dar impulso á la indiferencia de las religiones," (1).

II.

Hacia en el tiempo de Bossuet un filósofo, grande entre los grandes, un genio universal, ma-

(1) BOSSUET, Carta 256 (Obras, t. XVII, p. 476-480).

temático, erudito, historiador y pensador profundo. Censuramos á Leibnitz por no haber combatido abiertamente la doctrina del cristianismo tradicional sobre la salvación de los infieles; en el curso de estos Estudios hemos dicho que el ilustre filósofo es diplomático con respecto á la religión (1). Vamos á sorprenderle en flagrante delito de falsía. ¡El pobre Leibnitz tendía enormemente á pasar por ortodoxo! Pero cuando la ortodoxia dice un absurdo de primer orden, ¿cómo conciliarlo con la razón, tan querida de Leibnitz como la fe? Es triste ver al filósofo alemán resistirse contra una creencia que no podía admitir, y que no tenía, sin embargo, valor de repudiar. Su alta inteligencia se niega á creer que los nobles caracteres de la antigüedad estén condenados: "Yo no estoy conforme con aquellos que han creído hacer mucho honor á nuestra religión, diciendo que las virtudes de los paganos no eran más que vicios espléndidos; esta es una salida de San Agustín que no tiene fundamento en la Escritura y que repugna á la razón," (2). ¿Qué quiere decir esto? ¿Que las virtudes de los paganos son verdaderas virtudes y merecen la vida eterna? Hé aquí á Leibnitz entre la espada y la pared de la ortodoxia: si dice que sí, está perdido; y si no dice que sí, aun tratando de duro el sentimiento de San Agustín sobre el pecado original, no quiere sostener que los paganos hayan podido salvarse por las solas fuerzas de la naturaleza. En definitiva, ¿cómo salva á los infieles? Por medio de un milagro, como el padre Garasse. "Puede sostenerse, dice él, que Dios dé á los infieles la gracia de excitar un acto de contrición, que les da también, sea explícita ó virtualmente, pero siempre sobrenatural, y ántes de morir, aun cuando no sea más que en los últimos momentos, toda la luz de la fe y todo el ardor de la caridad que les es necesario para su salvación," (3).

La ortodoxia de Leibnitz está salvada; pero ¿es su convicción bien sincera? En su correspondencia con el landgrave de Hesse vuelve el filósofo á la cuestión, y aquí se pronuncia decididamente por la salvación de los Gentiles: "Yo no abundo enteramente en los sentimientos de M. Arnauld, que

(1) Véase la parte duodécima de mis Estudios.

(2) LEIBNITZ, Teodicea, III, 259.

(3) LEIBNITZ, Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano, libro IV.

se extraña de que no se hayan condenado tantos millones de paganos; extrañaría mucho más que lo estuvieran. Yo no sé por qué estamos tan inclinados á creer que las gentes estén condenadas ó sumergidas en las miserias eternas, aun cuando no pudieran estarlo; esto sugiere pensamientos poco compatibles con la bondad y con la justicia de Dios; porque decir que la justicia de Dios es otra que la de los hombres es como si se dijese que la aritmética ó la geometría de los hombres es falsa en el cielo. La justicia tiene ideas eternas é inquebrantables, y su naturaleza consiste en hacer participar del bien general, en tanto que la cosa es posible; y si éste no fuera el designio de Dios, no podría decirse que era justo," (1). ¡Hé ahí lo que es ser filósofo cristiano! Como filósofo, dice blanco, y como cristiano, dice negro; nosotros nos atenemos á lo que dice el filósofo, á que Dios quiere la salvación de los paganos; esta es una primera protesta contra el dogma tan absurdo como impertinente de San Agustín.

III.

Leibnitz escribe al landgrave de Hesse: "Parece que es nuestra vanidad la que nos dispone á condenar á los demas," (2). Más bien es orgullo y ambición de dominar, como nos lo va á decir un benedictino del siglo XVIII. El sabio Calmet ha hecho una disertación sobre nuestro debate: "¿Han podido salvarse los Gentiles que no han conocido la ley de Moisés ni la del Evangelio?" (3). Resta decir que se trata de aquellos "que, viviendo en medio de las naciones idólatras, sin ninguna idea distinta y clara de la verdadera religión, se han elevado por la fuerza de su juicio hasta el conocimiento de la unidad de un Dios y de los deberes del hombre hacia el Sér Supremo y hacia sus semejantes, y que han vivido de una manera laudable á los ojos de los hombres, siguiendo la luz de la razón y la ley natural que Dios ha grabado en el fondo de nuestros corazones." Calmet niega la salvación de

(1) ROMMEL, Leibnitz und Landgraf Ernst von Hessen-Rheinfels, t. II, p. 232.

(2) ROMMEL, Leibnitz und Landgraf Ernst von Hessen-Rheinfels, t. II, p. 245.

(3) CALMET, Comentario sobre San Pablo, t. XXIII, Prefacio, página 61.

los Gentiles, pero haciendo siempre una reserva para las vías milagrosas "de una ilustración súbita ó de una justificación sobrenatural á la hora de la muerte." Sin pretender dar límites á la misericordia de Dios, ni sondear sus vías, ni prevenir sus juicios, vamos á ver para qué sirve esta reserva á los infieles. Calmet demuestra que si el milagro es posible no es probable, ó que al menos no se podría afirmar que los hombres más señalados y más virtuosos de la antigüedad se hubieran salvado.

"Que se examine, dice nuestro benedictino, la vida de los más célebres filósofos, siguiendo las reglas de la verdadera moral (de la moral cristiana, por supuesto); ¿qué se hallará en ellos que sea digno de la recompensa eterna? ¿Será el desprecio que hayan hecho de los ídolos y de las supersticiones de su tiempo? Nadie ha habido más persuadido de eso que Sócrates, Platon y Séneca, y, sin embargo, ese mismo Sócrates, al tomar el veneno, no dijo que era preciso rogar á los dioses que su fin fuera dichoso; sintiendo que iba á espirar, dijo á sus amigos: "Debemos un gallo á Esculapio; os suplico que no dejéis de ofrecérselo." Hé aquí á los partidarios de la salvación milagrosa en terrible apuro; ¿se atreverán á decir que Sócrates se ha salvado? ¿No ha pronunciado él mismo su condenación invocando á Esculapio en el momento en que exhalaba el último suspiro? ¿Se puede, sin caer en el absurdo y en el ridículo, sostener que Sócrates ha sido iluminado por la gracia en el instante de su muerte, cuando hizo en este instante profesión de paganismo? ¿Cree en Jesucristo, está en el seno de la Iglesia aquel que suplica á sus amigos que sacrifiquen un gallo á Esculapio? Y si Sócrates es condenado, ¿quién podrá salvarse?

Calmet concluye diciendo que todos los Gentiles, comprendidos en ellos los filósofos, han merecido la condenación por su idolatría ó por su infidelidad, su falsa apariencia ó por otros desarreglos. La sola falta de la fe ó de la caridad basta para excluirlos para siempre del reino de los cielos. Tampoco puede decirse que los sabios del paganismo hayan creído en Dios, porque no han tenido ninguna idea de la llaga del pecado original ni de la necesidad de un Reparador. Orgullosos y presuntuosos, han creído encontrar en la razón y en las fuerzas de la naturaleza, garantía contra los vicios; ¿no es esta la antítesis absoluta de la fe

cristiana? Para salvar al menos á los más virtuosos de los Gentiles, los Padres de la Iglesia imaginaron que Jesucristo había descendido á los infiernos, á fin de predicar allí la buena nueva á todos los pecadores; es muy notable la crítica que Calmet hace de esta opinion: "Si realmente el Hijo de Dios se hubiese revelado á los infieles en los infiernos, evidentemente no hubiera habido uno solo que no hubiera creído en Él, y el infierno habría quedado vacío de todos aquellos que estuviesen en él desde el principio del mundo." ¡Que el infierno hubiera quedado vacío! ¡Qué horror! ¡Qué abominación! ¿A qué iba á quedarse reducida la Iglesia si se hubieran salvado los infieles? Si cabe la salvación fuera de la Iglesia, ¿para qué sirve la Iglesia? ¿Para qué ser benedictino si un pensador va al cielo como un monje? ¡Hé aquí por qué los ortodoxos insisten tanto en que los infieles ardan en losuegos eternos del infierno! ¡Cuestion de dominación!

IV.

En el siglo XVIII, la salvación de los Gentiles preocupó á todo el mundo literario. Un elegante escritor tomó en una obra popular la defensa de los antiguos, no de todos, sino de los mejores, de los justos; parecíale al autor de *Belisario* que hombres que en su vida habían sido las delicias del mundo, como los Titos, los Trajanos, los Antoninos, no podían ser torturados despues de su muerte por toda una eternidad: "Yo no puedo resolverme á creer, dice el héroe de *Marmontel*, que entre mi alma y las de Aristides, Marco Aurelio ó Caton, haya un abismo eterno; y si lo creyere, conozco que amaría ménos al Sér Supremo que nos ha formado," (1). *Marmontel* no entendía nada del asunto; no sospechaba que su caridad era una herejía, y, por consiguiente, un pecado mortal. Si los Titos, los Trajanos y los Antoninos pueden ser salvados, ellos, que han ignorado á Cristo, que le han desconocido y hasta le han perseguido, es preciso decir que todo hombre puede serlo, con tal que tenga alguna pequeña virtud, como dice el padre *Garasse*, sea cual fuere el resto de su religion. ¡Un hombre honrado se salvaría por el mero hecho

(1) MARMONTEL, *Belisario*, c. xv.

de serlo! Esta enormidad heló de horror á los teólogos, guardianes de la ortodoxia. La Sorbona, que había dejado pasar las impiedades de *Voltaire*, lanzó una violenta censura contra un capitulo del libro de *Marmontel*. Escuchemos á la docta facultad para nuestra instruccion y nuestra salvacion.

El siglo XVIII es la edad de la filosofia, y no quería obedecer más que á la razon. Sea, dicen los doctores de la Sorbona, nosotros vamos á combatir la razon por la razon, y sostienen valerosamente que la opinion del pretendido *Belisario* es contraria á la razon natural. La razon natural nos dice que es preciso adorar á Dios, por supuesto al verdadero; ahora bien, el Dios de los cristianos es el único verdadero, luego... Hé aquí un silogismo en regla, y los Sorbonistas triunfan á nombre de la razon (1); ¡qué singular razon es la de los teólogos! ¡Están persuadidos de que todo lo que han aprendido con el sudor de su frente es la expresion de la verdad absoluta, y se hacen la ilusion de que sus pamplinas son de la razon natural! ¡La Trinidad es de razon natural! ¡La Encarnacion de razon natural! ¡Jesucristo Dios por la razon natural! Dejemos á un lado la razon natural de los doctores de la Sorbona, y oigamos lo que nos dicen de la salvacion de los Gentiles, bajo el punto de vista de la Escritura y de la tradicion; aquí están en su elemento, y quieren confundir á los apologistas modernos. Jesucristo dice en el Evangelio de San Juan: "Yo soy el medio, la verdad y la vida; nadie llega al Padre más que por mí." ¿Por ventura podían tener este medio los Trajanos y los Antoninos? Y si no le tenían, ¿cómo iban á ser admitidos en el reino del Padre? La fe constante de la Iglesia ha sido en todos tiempos, como dice el apóstol, que aquellos que adoran á los idolos no poseen la vida eterna: ¿es que los Catones y los Aristides no eran idólatras? El concilio de Trento dice que, segun la enseñanza unánime y perpetua de la Iglesia, sólo la fe justifica; pero esta fe no es otra que el conocimiento natural de Dios, tal como le podemos adquirir por la razon, la fe fundada en la revelacion divina (2).

Despues de esto, difícil es comprender cómo pueden salvarse los Judios, aunque fuesen todos

(1) Censura de la facultad de teología de Paris contra el libro que tiene por título *Belisario*, Paris, 1768, p. 4.

(2) Censura de la Sorbona, p. 6-12.

conocer el pensamiento de los teólogos para cubrirlos de ridículo:

«Princes, sages, héros, exemples des vieux temps,
Vos sublimes vertus n'ont été que des vices,
Vos belles actions, que des péchés éclatants.
Dieu juste, selon nous, frappe d'anathème,
Épicète, Caton, Scipion l'Africain
Ce coquin de Titus, l'amour du genre humain,
Marc-Aurèle, Trajan, le grand Henri lui-même
Tous créés pour l'enfer et morts sans sacrement.» (a).

Hé aquí el discurso que *Voltaire* pone en boca de la Sorbona; nunca se dieron azotes más merecidos: "¡Desgraciados! aprenderéis lo que es lastimar la opinion de los licenciados con mi licencia; vosotros, y todos vuestros condenados filósofos, deseariais que Confucio y Sócrates no estuviesen eternamente en el infierno, y esta impiedad merece un ejemplar castigo; sabed que desde estos bancos condenamos á todo el mundo, en eso está el placer; contamos cosa de seiscientos millones de habitantes sobre la tierra, y á tres generaciones por siglo, suman muy cerca de dos mil millones de condenados; contando solamente de cuatro mil años acá, el cálculo nos da ochenta mil millones de condenados, sin contar los que han existido ántes ni los que existirán despues. Verdad es que de estos ochenta mil millones es preciso quitar dos ó tres mil elegidos, que forman el grupito hermoso; pero esto es una bagatela, y encanta poder decir: Alegrémonos, amigos míos; tenemos, cuando ménos, ochenta mil millones de hermanos cuyas almas, todas espirituales, están para siempre en el asador esperando que se encuentren sus cuerpos, para hacerlos quemar con ellas," (1).

Voltaire tuvo de su parte á los burlones, y escribió al cardenal de *Bernis*, amable cardenal que componía versos á *madame de Pompadour*: "Los señores de la Sorbona se salvarán probablemente en el otro mundo, pero se ven furiosamente silbados en éste," (2). *Voltaire* hacía filosofia riéndose; él mismo dice que se gozaba en atacar con frecuencia la opinion de que todo infiel es condena-

(a) «Príncipes, sabios, héroes, ejemplos de los antiguos tiempos, vuestras sublimes virtudes no fueron más que vicios, vuestras bellas acciones escandalosos pecados. Dios justo hierre, segun nosotros, con su anatema á Epicteto, Caton, Escipion el Africano, á ese infame Tito, amor del género humano, á Marco Aurelio, al mismo gran Enrique y á Trajano, creados todos para el infierno y muertos sin sacramento.» — VOLTAIRE, *Los Tres Emperadores en Sorbona* (Obras, t. XII, p. 188).

(1) VOLTAIRE, *Primera anécdota sobre Belisario* (Obras, tomo xli, p. 240).

(2) VOLTAIRE, *Carta del 16 de Abril de 1767* (Obras, t. LIV, página 143).

otros tantos Sócrates. La Sorbona no niega que pueda haber en ello un milagro á su favor; este es el caballo de batalla de los apologistas modernos; los ortodoxos del siglo XVIII eran en esto más ingenuos; la Sorbona nos va á decir que el milagro que se invoca para salvar á los gentiles es un milagro imposible, pura suposicion: "¿Se dirá que Dios, cuya misericordia es infinita, podía muy bien usar de clemencia para con ellos, inspirándoles, en su última hora, al mismo tiempo la fe y los sentimientos necesarios para una saludable y verdadera penitencia, por medio de la cual la violencia del mal no les hubiera permitido dar al exterior alguna señal? Dios lo hubiera podido, sin duda, responde la facultad, *descartándose de las vías ordinarias de su providencia sobrenatural, y haciendo un insigne milagro en el órden de su gracia, que tan sabiamente ha establecido.*" Pesemos bien estas palabras: la salvacion de los fieles es ya un acto sobrenatural; por tanto, un milagro; sería preciso, pues, más que un milagro ordinario de la gracia para salvar á los Gentiles; pero la Sorbona pregunta: ¿sobre qué han de apoyarse para sostener que Dios ha operado un milagro tan grande en favor de los héroes paganos? "¿Podrá alegarse para ello alguna prueba, por débil que sea?" (1). ¡Que respondan los ortodoxos á la facultad de teología! Para nosotros es claro como la luz del día que, en su concepto, los paganos se condenan; por mejor decir, que ningún infiel se salva, porque entre esos infieles en cuya salvacion no quiere ella creer se encuentra Marco Aurelio, ese filósofo cuya moral es tan pura que ha sido envidiada por un cardenal; si Marco Aurelio se condena, ¿quién puede, pues, salvarse? Venimos, pues, á parar á la conclusion de que el milagro á que los ortodoxos recurren para salvar á los Gentiles es una excusa inventada por la necesidad de la causa, pero que en realidad no aprovecha ni áun á los más sabios entre los sabios.

La censura de la facultad de teología fué una buena cosa para los filósofos. *Voltaire* escribe á d'Alembert: "Dios mantenga vuestra Sorbona en el fango donde se revuelca; la miserable ha prestado un servicio muy esencial á la filosofia," (2). El gran satirico se mofa de la censura en verso y en prosa, y en verdad que la sátira era fácil; bastaba

(1) Censura de la facultad, p. 16.

(2) Carta de 4 de Junio de 1767 de *Voltaire* á d'Alembert.

do, cualesquiera que sean sus virtudes y la inocencia de su vida, y declara en apoyo de su insistencia que importa mucho, para descanso de la humanidad, persuadir á los hombres todos de que Dios, su padre comun, recompensa la virtud independientemente de la creencia, y no castiga más que á los malos. Nada más inocente que la intolerancia teológica, si hubiéramos de creer á nuestros modernos apologistas; se siente uno inclinado á acusarlos de hipocresía cuando se ven las consecuencias de esta funesta doctrina. "Todo no creyente, dice Voltaire, se convierte en un enemigo de Dios y de nuestra salvacion: es razonable y casi humano quemar un hereje y prolongar algunas horas más su suplicio eterno, ántes que exponerse y exponer á su familia á participar de la hoguera eterna por las seducciones de ese impio; sólo á esta opinion puede atribuirse el abominable uso de quemar los hombres vivos; felizmente, es tan ridícula como atroz y más injuriosa para la divinidad que todas las fábulas de los paganos sobre las aventuras galantes de los dioses inmortales," (1).

Razon tiene Voltaire para clamar contra la *insolencia fanática* de los que dicen: "No existe la virtud más que en nosotros y nuestros amigos; Sócrates, Confucio, Marco Aurelio, Epicteto, han sido unos malvados, puesto que no participaban de nuestra comunión," (2). Tiene razon Voltaire para indignarse contra un dogma que castiga con el fuego eterno del infierno á naciones enteras, cuyo solo crimen consiste en haber ignorado una revelacion que Dios no la ha mostrado de ningun modo (3). ¿Quién creería que absurdos que sublevan á la vez el sentido comun y la moral habían de encontrar en pleno siglo XVIII defensores en el seno mismo de la Reforma? Un predicador de Rotterdam se pone del lado de la Sorbona contra los Gentiles. El ministro reformado es mil veces más intransigente que los teólogos católicos. Con un encarnizamiento digno de un inquisidor, se propone rebuscar todo lo que los antiguos han dicho en odio de los filósofos; cogiendo por su cuenta á Sócrates, se fija en el mal y desfigura el bien, todo

(1) VOLTAIRE, Prefacio, los Tres Emperadores en la Sorbona (Obras, t. XII, p. 184).

(2) VOLTAIRE, Carta sobre los Franceses (Obras, t. XLII, página 207).

(3) VOLTAIRE, El pro y el contra (Obras, t. X, p. 71).

por convencer al lector que el sabio de Atenas y sus semejantes merecian ser quemados en compañía de todos los infieles. Un arminiano responde á este rencoroso discípulo de Calvino para salvar el honor de Sócrates, y hubiera podido decir para salvar el honor del cristianismo; porque más riesgo corría en estos escandalosos debates la religion de Cristo que la salvacion del sabio de Atenas. ¡Diríase que la Reforma daba la mano á Roma para precipitarse juntos en el mismo abismo! (1).

Apresurémonos á separarnos de estos indignos discípulos de Jesucristo. Los filósofos, sin exceptuar los de peor fama, merecian pasar por cristianos mejor que los teólogos de Paris y de Rotterdam. Fijémonos en un libre pensador á quien unos llaman ateo y otros materialista. La menor acusacion que se puede hacer á Diderot es de panteísmo; pero ¿qué profundidad de caridad en esta alma no cristiana! Pregunta qué hará Dios con los que no han oido hablar nunca de su Hijo; el piadoso San Agustín responde que quedarán en las tinieblas de la muerte eterna; es decir, replica nuestro incrédulo, que Dios castigará á los sordos por no haber podido oír; ¿qué hará Dios, pues, con los que habiendo oido hablar de su religion no han podido concebirla? Orgullo satánico, responden los teólogos, obstinacion criminal que merece la condenacion. Luego vosotros castigaréis, dice el filósofo materialista, á los pigmeos por no haber sabido andar á paso de gigante. El autor de la naturaleza, que no me ha de recompensar por haber sido hombre inteligente, no ha de castigarme porque sea un ignorante. "Y no ha de castigarte tampoco, añade Diderot, por haber sido un malvado. Pues qué, ¿no es ya bastante desgraciado con serlo?" (2). ¡Es de un incrédulo este grito de caridad! Vergüenza para los ortodoxos, que necesitan el infierno, adomado con todos los que no han querido y aún de los que no han podido creer en Jesucristo, es decir, de todos los que están fuera de la Iglesia. Pudiera quizás perdonarse la falta de caridad á personas que la tienen siempre en la lengua, ó, al ménos, se compadece á esos desgraciados que rebosan de odio. Pero ¿qué se ha de pensar de su devota crueldad, cuando se ve que está

(1) EBERHARD, Neue Apologie de Sokrates, t. 1, p. 5-10.

(2) DIDEROT, Adicion á los pensamientos filosóficos, números 22, 23, 11, 12 (Obras, t. 1, p. 127).

inspirada por un cálculo de ambicion? Como la dominacion de la Iglesia descansa sobre el miedo del infierno, es preciso que éste esté bien lleno para que crezcan los tesoros de la Iglesia y pueda dominar sobre la torpeza humana. Hé ahí adónde va á parar la intolerancia teológica, esa santa incompatibilidad, esa reivindicacion de la verdad, esa preocupacion de la salvacion de los hombres. ¡Oh hipócritas! ¡hasta cuándo se os ha de permitir mofaros del buen juicio é insultar el sentido moral!

§ II. — La intolerancia civil.

N.º 1. — La doctrina.

I.

¿Puede conciliarse la intolerancia teológica con la intolerancia civil? ¿No conduce necesariamente á la persecucion? La respuesta será muy fácil, si consultamos la historia. La distincion entre la intolerancia teológica y la civil fué desconocida en tanto que la Iglesia dominó los pueblos: intolerante por su dogma, obligó á los príncipes á grabar en sus leyes la intolerancia y á practicarla. Solamente cuando la filosofia proclamó la tolerancia fué cuando el siglo XVIII acriminó á la Iglesia y al cristianismo de las sangrientas persecuciones llevadas á cabo contra los no creyentes, fué cuando los defensores de la religion imaginaron la distincion. Confesaron la intolerancia teológica, pretendiendo que era caridad, y negaron osadamente que la Iglesia hubiese perseguido nunca á nadie por causa de fe. Acabamos de apelar á la historia; los apologistas del cristianismo la invocan igualmente. Segun ellos, los filósofos hacen mentir los hechos tanto como la doctrina; no ha habido nunca guerras de religion, y la Inquisicion es una fábula. Si se ha derramado sangre, si los verdugos han sido dirigidos contra la herejía, no es á la Iglesia á quien debe acusarse de ello, sino á la sociedad civil. Á la Iglesia la horripila la sangre; que tiene sus mártires muertos por la fe, y no ha pronunciado nunca una sentencia de muerte contra nadie.

Hé aquí lo que se lee en un *Esclarecimiento sobre la tolerancia*, que salió á luz en Rouen en 1782; el autor no se contenta con defender á la Iglesia, acusa además á los filósofos de calumniar el catolicismo. Los mismos cargos se encuentran en las

ensuras de la Sorbona, en que, condenando el *Belisario* de Marmontel, dice la facultad de teología: "La religion que Jesucristo estableció no respira más que paciencia, dulzura y la caridad más tierna hácia los hombres." La censura pronunciada contra Raynal añade: "El autor procura hacer odiosa á la religion, valiéndose de calumnias atroces, y la representa ordenando ahorcar sin piedad todo lo que se separe de las opiniones dominantes, mientras que Jesucristo nos manda amar á todos los hombres, hasta á nuestros enemigos. Este precepto no admite excepcion; tambien la Iglesia, animada del espíritu de caridad de su divino Esposo, está llena de ternura para aquellos mismos que están en el error; si hijos rebeldes se niegan á escucharla, emplea, es verdad, contra ellos las penas espirituales que Jesucristo la da el derecho de aplicar; pero siempre con pena y deseando apartarlos de los lazos del demonio que los retienen cautivos. Si, obcecados en el error, procuran derribar los fundamentos de la fe, entónces implora el socorro de los príncipes, que Dios la ha dado como sus protectores sobre la tierra, pero recomendándoles al mismo tiempo que no traspasen los límites que prescribe la caridad. ¿Es esto una religion supersticiosa que se alimenta de la sangre de los infortunados que están en el error?" (1).

No, *supersticiosa* no es la palabra; preciso es llamarla *ambiciosa* é *hipócrita*. La apología es una contraverdad absoluta. No puede negarse que por causa del cristianismo ha corrido mucha sangre. ¿Quién la ha derramado? Los príncipes. Y ¿quién ha obligado á los príncipes á la persecucion? No es por cierto el Evangelio, no es Jesucristo, es la esposa de Cristo, es la dulce madre que no respira sino caridad. Así, cuando los reyes se hacen verdugos al servicio de la Iglesia y se ponen á sus órdenes, no es la Iglesia la que persigue; la Iglesia se lava las manos y culpa á los príncipes de la sangre derramada. ¿No es este el bello ideal de la hipocresía? ¿De qué lado se encuentra la calumnia? Los hechos lo dirán.

Comenzamos por la doctrina de la intolerancia, á fin de demostrar que si la Iglesia ha perseguido á los incrédulos, la religion es la culpable, no circunstancias del momento y ménos aún los prínci-

(1) *Censura de Belisario*, p. 126.—*Censura de Raynal*, en el volúmen x de Raynal, p. 367.